

le viera mas. El deshonesto hombre empezó á llamarla ingrata, y apretando una mano con otra de rabia, y levantando los ojos al cielo como para quejarse, se quedó allí muerto, perdiendo en un momento la vida temporal y eterna; y así su cuerpo no le enterraron en sagrado. Pues si las pasiones no mortificadas son de tanto daño á la vida propia, á la de otros y á toda la vida humana, ¿cuán perjudiciales serán? Por cierto que, aunque faltaran las demás desdichas humanas, son muy grandes las que las pasiones humanas causan. Hay mucho que sufrir en condiciones de hombres, en malos términos, desagradecidas correspondencias, injurias voluntarias y voluntades adversas. Todo el hombre es miseria y causa de miserias. ¿Quién hay tan dichoso que contente á todos, ó que no le envidie nadie? ¿Quién hay tan bienhechor que no tenga algun quejoso? ¿Quién hay tan liberal que no encuentre un desagradecido? ¿Quién hay tan estimado que no le desprecie algun murmurador? Los atenienses hallaban que murmurar en su Simónides, porque hablaba muy alto. Los tebanos acusaban á Panículo que escupia mucho. Los lacedemonios notaban á Licurgo que andaba siempre cabizbajo. Á los romanos parecia mal el dormir de Scipion, porque roncaba récio. Los uticenses disfamaban á Caton, porque comia presto y con los dos carrillos; y tenían por malcriado y tosco á Pompeyo, porque se rascaba con un solo dedo. Los cartaginenses decian mal de Anibal, porque andaba siempre desabrochado y despechugado el estómago. Otros burlaban de Julio César, porque andaba mal ceñido. No hay ninguno tan ajustado, que no halle en él que reprender la envidia y mal afecto de otros, ó la condicion extravagante.

Las mayores miserias de todas son las que los hombres se causan á sí mismos con sus desenfundados afectos. Por estos dijo especialmente el Eclesiastés aquella notable sentencia en que excedió á lo que los filósofos dijeron de la miseria humana. *Alabé, dice (1), á los muertos mas que á los vivos, y juzqué por mas dichoso que unos y otros á aquel que aun no ha nacido ni vió los males que se hacen debajo del sol;* porque no hay cosa que mas ofenda á la vida humana que las sinrazones de los hombres, odios, desafueros, violencias, inhumanidades que causan las pasiones. Por lo cual hubo filósofos que aborrecian grandemente á todo el género humano, por verle guiarse por pasion y no por la razon: entre los cuales Timon, filósofo ateniense, fue el inventor y el mas apasionado predicador de esta secta; porque no solo se nombraba enemigo capital de los hombres, diciéndolo á todos en su cara, pero hacia obras tales que confirmaban sus palabras; como fueron no conversar ni morar entre gentes, vivir siempre en el desierto con las bestias y fieras, apartado de toda vecindad y poblado, porque nadie le visitase; y viviendo en aquel desierto, jamás queria ser visto, hablado ni visitado de hom-

(1) Cap. iv.

bre, sino fue de un capitán ateniense llamado Alcibiades; pero á este no trataba por amor ni por amistad que con él tuviese, sino porque entendia habia de ser azote de los hombres nacido para su tormento: especialmente porque sabia que sus vecinos los atenienses habian de padecer por su causa muchos trabajos y fatigas. Ni se contentaba con este aborrecimiento que tenia á los hombres, ni con huir su compañía, como de animales furiosos y crueles; pero procuraba hacer todo el daño que podia para destruir y arruinar al género humano, inventando nuevas maneras para asolar y acabar los hombres. Para esto hizo poner entre los árboles de su huerta muchas horcas, para que todos los desesperados y cansados de vivir se fuesen á ahorcar allí. Y como algunos años despues para ensanchar su casa le fue forzoso derribar aquellas horcas, se fué á Atenas, donde sin vergüenza ninguna hizo congregar al pueblo, dando gritos por las calles como pregonero que quiere pregonar algo de nuevo. El pueblo, oyendo la voz ronca y hábrara de aquel tan horrendo monstruo, sabiendo dias habia de qué humor pecaba, se le allegó luego, esperando alguna novedad. Viendo él ya los mas de los ciudadanos principales y plebeyos juntos, comenzó á decir á voces: *Sabed, ciudadanos de Atenas, que por cierta necesidad que me ha sobrevenido quiero hacer derribar las horcas de mi huerta: por eso, si alguno tiene devocion de ahorcarse, sea luego;* y sin hacer otra arenga, acabada tan amorosa oferta, se volvió luego á su casa, donde acabó el resto de su vida en esta opinion, filosofando siempre de la miseria del hombre. Cuando le tomaron las ansias de la muerte, aborreciendo á los hombres aun hasta la postrera boqueada, mandó que su cuerpo no fuese enterrado en la tierra, por ser el elemento en que comunmente reposan y toman su descanso los hombres, y en donde comunmente se entierran los cuerpos humanos, temiendo que sus huesos no fuesen de los hombres vistos, y sus polvos tocados de ellos; sino que le enterrasen á la orilla del mar, donde la furia de las ondas estorbaba á todas las criaturas, y defendiese el paso de su sepultura, en la cual mandó se pusiese este epitafio que refiere Plutarco: *Despues de mi vida miserable me enteraron en esta agua honda: no cures de saber mi nombre, lector, que Dios te confunda.* Faltó á este filósofo la fe y la caridad; y así, no distinguiendo entre la malicia y la naturaleza humana, lo aborreció todo, habiéndose solo de aborrecer la malicia, pero amar á la naturaleza: mas dió á entender con tan extrañas demostraciones cuán monstruosas son las pasiones, cuánto deben ser aborrecidos sus vicios, y cuán digno de odio es todo este mundo que se guia por pasion, no por razon. Si compadeciéndose del género humano aborreciera solamente su fausto y locura con el desenfundamiento de pasiones, acertara sin duda. Y los siervos de Cristo así deben desear ver destruir esta pompa y fausto de los hombres, como Timon á los mismos hombres. Ahorcadas habian de estar todas las galas superfluas, ahorcados todos los deleites ilícitos, ahorcada la os-

tentacion vana de riquezas, ahorcado todo oro y plata que sirven para esto, ahorcadas todas las honras vanas, ahorcados todos los títulos de soberbia, ahorcada toda envidia rabiosa, ahorcada toda cólera desordenada, ahorcada toda venganza injusta, ahorcada toda pasion desconcertada; todas estas cosas de los hombres ahorcadas debian estar para que los hombres viviesen.

§ VI.

Son tantas las miserias de la vida, que no se pueden contar todas: está tan llena de males, que se tiene por menor mal el que calificó Aristóteles por el mayor de todos, que es la muerte, porque vence la multitud de los demás la grandeza de este: y así han tenido muchos por menor miseria la mayor de las miserias, por no padecer tantas; por lo cual dijo uno que el último de los médicos era la muerte, porque acaba con los males, aunque ella sea grande mal; y así para consuelo de los males de la vida daban como eficaz medicamento la memoria de la muerte que ha de acabar con todo. Pero porque esto no es consuelo general para todos, por ser tan natural el temor de morir, y contarse entre las miserias de la vida los muchos modos de perderla y peligros de muerte, no tuvieron que dar otro remedio ni consuelo muy grandes filósofos, sino desesperar de remedio, como lo hizo Séneca, el cual habiendo sucedido en su tiempo un grande terremoto en Campania, en el cual se hundió una insigne ciudad que se llamaba Pompeyos, con otros pueblos que padecieron mucho, ovejas que se murieron, hombres que salieron de juicio, y grande multitud de personas que huyeron de aquella provincia, y salieron desterrados de su patria, medrosos y despavoridos; les da por consuelo para que vuelvan á su tierra el no tener remedio los males, ni poderse huir los peligros de muerte. Y considerado bien, ¿qué seguridad se puede tener en la vida, pues la misma tierra que se dice madre de los hombres no les es fiel, y brota miserias y muertes aun de ciudades enteras? ¿Qué puede haber seguro en el mundo, si el mismo mundo no lo está, y sus partes mas sólidas tiemblan? Si aquello solo que hay inmóvil y fijo para sustentar en sí á los vivientes se bambolea con terremotos; si lo que tiene la tierra propio, eso pierde, que es el estar firme; ¿dónde podrán hallar refugio nuestros temores? ¿En dónde nos podremos acoger que esté firme, si el miedo se nos puede nacer entre los piés y salir de aquello en que estribamos? Cuando se desmorona y estremece el techo de la casa, se puede huir de ella y salir al campo para que se caiga vacía; pero ¿á dónde podremos huir cuando se estremece el mismo mundo? Cuando el fundamento de las ciudades tiembla y se despedaza, ¿por dónde podremos salir? ¿Qué consuelo puede haber en donde el temor ha perdido la puerta para huir? Á los enemigos resisten las ciudades con sus muros; en las tempestades se ha-

lla refugio en los puertos; contra las nieves defienden los techos de las casas; en tiempo de peste se puede mudar lugar; pero de toda la tierra ¿quién podrá huir? Luego no se puede huir de peligros. Por esto, dice Séneca, puede servir de consuelo no haber remedio de los males; porque es necio el temor sin esperanza. La razon destierra al miedo en los que son prudentes; y á los que no lo son la desesperacion del remedio les puede dar seguridad, por lo menos quitar el temor. Quien quisiere no temer nada, piense que todas las cosas son de temer. Mire con cuán ligeras causas corre peligro; aun las mismas cosas con que se sustenta la vida la arman asechanzas. La comida y la bebida, sin las cuales no podemos vivir, vienen á quitar el mismo vivir. No es cordura temer ser tragado de la tierra, y no temer la caída de una teja. En el punto de la muerte se iguala toda suerte de morir. ¿Qué importa que una sola piedra le mate á uno, ó que un monte le oprima? El morir está en dejar el alma al cuerpo, que con cosas bien flacas sucede. Una hendedura que haga un cuchillo en tu carne hasta para matarte.

Pero otro consuelo han de tener los cristianos en todos estos peligros y en las muchas miserias de la vida, que es la buena conciencia, la esperanza de la gloria, la conformidad con la voluntad divina, la imitacion y ejemplo de Jesucristo. Con estas cuatro cosas tendrán mérito en la vida y seguridad en la muerte; y en la vida y muerte consuelo, y en la eternidad premio. Estando Justo Lipsio muy apretado en la última enfermedad de que murió, como le quisiesen consolar con algunas razones filosóficas y sentencias de los estóicos, en las cuales habia estudiado tanto aquel eruditísimo varon, como se ve en lo que escribió en la introduccion á la doctrina estóica, respondió muy cristianamente: Vanos son los consuelos; y señalando con el dedo á una imagen de Cristo crucificado que estaba allí, dijo: Este es el verdadero consuelo y la verdadera paciencia; luego con un suspiro que le salia de lo profundo del corazon exclamó: Señor mio Jesucristo, dadme la paciencia cristiana. Este consuelo hemos de tener los redimidos de tan amoroso Señor, considerando que nuestras culpas son mayores que nuestras penas en esta vida, y que habiéndolas padecido mayores el Hijo de Dios, caciendo de toda culpa, mereció convertir las miserias de la vida que ocasionó el pecado, en que fuesen instrumentos de satisfacer por los mismos pecados, sacando del veneno triaca, y convirtiendo la ponzoña en antídoto.

Podremos tambien sacar de lo dicho cuán injusta fue la queja de Teofrasto, de que diese la naturaleza mas larga vida á muchas aves y animales que á los hombres. Si nuestra vida fuera menos molesta, tuviera alguna razon; pero siendo tan miserable, muchos podrán tener por venturosa la mas breve; porque, como dice san Jerónimo á Heliodoro, mejor es morir mozo y morir bien, que morir viejo y morir mal. Siendo forzoso este viaje, no está la ventura en que sea tarde, sino en

que sea próspero, y que se llegue al puerto deseado. Dice san Agustín (1) que el morir es dejar una carga muy pesada que llevamos en la vida; mas no es la dicha que se deje á la tarde de la vejez, sino que al tiempo de dejarla no nos carguen otra mayor. Viva un hombre diez años ó viva mil, la muerte le ha de dar (como dice san Jerónimo) nombre de dichoso ó desdichado. Si vives mil años de vida triste, gran desventura será; pero mayor lo será si los vives de vida mala, aunque sea muy alegre: y así, supuestas tantas miserias, no nos podemos quejar de Dios que nos haya dado vida breve, sino de nosotros que la hemos hecho mala. Finalmente porque, como dice san Ambrosio (2), está tan rodeada de miserias nuestra vida, que en su comparacion la muerte no parece pena, sino reparo de males; por eso trazó Dios fuese tan breve, para que sus molestias y desventuras, á las cuales no puede hacer contrapeso ningun linaje de bien que se goza en esta vida, con la brevedad del tiempo quedasen menos pesadas. Por lo menos si con tantas miserias no nos descontenta esta vida, conténtenos mas la eterna con mayores felicidades, y no hagamos menos por la vida inmortal del cielo que hacemos por la mortal de la tierra, y así como dice san Agustín (3): *Si corres por esta vida cien mil, ¿cuántos mil debes correr por la vida eterna? Si te das prisa para lograr unos pocos de días inciertos, ¿cómo se ha de correr por la vida eterna?*

CAPÍTULO VIII.

Lo poco que es el hombre mientras es temporal.

No nos falte de considerar lo que es mas en la naturaleza, que es el hombre; y verémos cuán poco es mientras es temporal. *¿Qué es el hombre?* dice Séneca: *Un vaso cascado, y quebradizo con cualquier movimiento. ¿Que es el hombre? Un cuerpo debilísimo y frágil, desnudo por su naturaleza y sin armas, necesitadísimo de ayuda, arrojado á toda injuria de la fortuna, impaciente del frio y del trabajo, y fabricado de cosas flacas y flúidas: aquellas mismas cosas, sin las cuales no puede vivir, le son mortales, el olor, el sabor, el cansancio, la vigilia, la bebida y la comida.* No respondió mas favorablemente el sábio Solon cuando le preguntaron qué era un hombre. *Es (dice) una podredumbre en el nacimiento, una bestia en la vida, una vianda de gusanos en la muerte.* Lo mismo preguntaron á Aristóteles, y respondió (4): *Es el hombre una idea de flaqueza, un despojo del tiempo, un juguete de la fortuna, una imágen de inconstancia, un peso ó balanza de envidia y calamidad, y lo demás flema y cólera.* Oigamos tambien á Secundo filósofo, que respondió al em-

(1) August. sup. Joan. — (2) S. Ambrosius, serm. Quadrag. — (3) August. tract. 5 in Joan. homil. 37. — (4) Ant. in Mil. flo. serm. 95.

perador Adriano, cuando le preguntó lo mismo, qué era el hombre (1). *Es (dice) un entendimiento incorporado (mas lo significara si dijera enlodado), una fantasma del tiempo, uno que entra á la vida, un esclavo de la muerte, un caminante pasajero, un huésped del lugar, una alma trabajosa, una habitacion de poco tiempo.* Pero en este tiempo de su mortalidad, dice san Bernardo (2): *Es el hombre un animal de carga.* El mismo Santo dice en otra parte: *¿Qué es el hombre? Un vaso de estiércol; y en sus Meditaciones añade: Si miras lo que echas por la boca y narices, y los demás albañales del cuerpo, no viste en toda tu vida muladar mas hediondo.* En la misma parte dice: *No es otra cosa el hombre sino una semilla hedionda, un saco de estiércol, un cebo de gusanos.*

Mas cumplidamente Inocencio papa, dijo: *Consideré con lágrimas de qué fue hecho el hombre, qué hace el hombre, y qué se ha de hacer del hombre. Fue formado de tierra, concebido en culpa, nacido para la pena. Hace cosas malas y tórpes, que no le son licitas, y vanas, que no le convienen. Será alimento del fuego, manjar de gusanos, y masa de podredumbre. ¡Oh vil indignidad de la condicion humana! ¡Oh indigna condicion de la vileza humana! Mira como las flores y los árboles producen flores, hojas y frutos; y tú produces liendres, piojos y lombrices. Aquellas dan aceite, vino y bálamo; y tú flemones, orines y estiércol. Aquellas echan de sí buen olor; y tú eres de un hedor abominable: como es el árbol, así es el fruto; porque no puede el árbol malo hacer buenos frutos. ¿Qué es el hombre sino un árbol al revés, cuyas raices son los cabellos? Esta es la hojarasca que se la lleva el viento, y la pajueta secada del sol.* Lo dicho es de este Papa desengañado. Este es el hombre, aun en la mocedad; pero si llega á la vejez, que se tiene por felicidad, añade el mismo Inocencio (3): *Luego se le aflige el corazon, la cabeza se le anda, el espíritu le falta, le huele mal el aliento, arrúgasele el rostro, encórvasele su estatura, amúblansele los ojos, titubéanle los miembros; de las narices le corre mal humor, cáesele el cabello, el tacto le tiembla, los dientes se le pudren, los oidos se ensordecen. Pues no menos se muda en la condicion del ánimo que en la del cuerpo. Enójase fácilmente un viejo, sosiégase dificultosamente, cree de presto, desengañase tarde, es tenaz, codicioso, tétrico, cojijoso, hablador; alaba á los antiguos, desprecia y vitupera á los presentes: suspira, congójase, entorpécese y enferma.*

Puedes tambien echar de ver qué es el hombre por la materia de que se hizo, y en lo que se ha de resolver. Al primer hombre hizo Dios de lodo, mezclando los elementos mas viles y groseros de todos. Oigamos á un gentil hablar de las miserias del hombre: *Es compasion y aun vergüenza el pensar cuán frívolo es el origen del animal soberbisimo sobre to-*

(1) Ant. et Dionys. Rikel. de novis. art. 13, fol. 38. — (2) Bernard. serm. 5 in Psalm. Qui habitat. Onerum animal homo tempore suæ mortalitatis. In formula honor. vit. In Med. cap. 3. — (3) Innocent. lib. cap. 4.